

La polémica del Reina Sofía

LA polémica entre el pintor Antonio López y la directora del Centro de Arte Reina Sofía nos ha llevado a la discutida colección permanente de este museo. Nuestra primera impresión: deslumbramiento por el alarde de blancura y limpieza en los enormes espacios recuperados. Decepción, también, al recorrer inacabables paredes con cuadros colgados. Dentro de esta monotonía, sin embargo, la satisfacción de poder «ver» bien las obras de predilección personal, y entre ellas, qué duda cabe, a los grandes maestros consagrados, Solana, Gris, Picasso, Miró, Dalí...

El visitante se sumerge poco a poco en lo más específico de esta singular colección: la apertura a las tendencias, movimientos o escuelas de los últimos decenios. Perfecto, en principio, pero también peligroso, por el inevitable subjetivismo aplicado. ¿Qué vale más —incluso para este museo— el **ensayo** o la **obra afianzada**? ¿Qué es preferible —incluso para este museo—, la **osadía** progresista hasta límites inconcebibles, o la **calidad**, venga de donde viniere? Perplejidad. Sería injusto no apreciar lo mucho positivo que ofrece la gran colección del C.A.R.S., tanto en la selección de obras como en su instalación. Pero es prematuro hacerse mentalmente con una colección que emocionalmente aún no cosecha más que ditirambos o diatribas.

*El trabajo de **selección** de las obras expuestas ha tenido que ser desalentador. Del pluralismo, ausencia de barreras y fraccionamiento mental de hoy, nace de rigor una creatividad artística disparada, anómica y sin medida. Las exclusiones y agravios comparativos serán inevitables. Pero el problema específico de la polémica actual radica en que la dirección del museo es tachada de **parcial**. Que muestra una fijación **iluminada** por las tendencias avanzadas y superavanzadas (abstracciones de diverso tipo, audacias expresivas, extraños materiales) a cuyo lado, los figurativismos son irrelevantes o anticuados.*

***NO** hay en ello, probablemente, ningún espíritu de dictadura política, ni estética..., ¡esperamos! Pero sí un cierto complejo de superioridad al imponer al público arcanos criterios subjetivos sobre el valor de «la obra de arte», que ni siquiera son compartidos por minorías entendidas. Los museos no pueden ser pizarras donde cada uno ensaya lo que quiere. En la medida en que un museo sigue esa tendencia, pierde universalidad y se hace elitista de dudosas «élites». No es que eso sea ilícito. Es, simplemente —tratándose de un gran museo nacional—, un deporte muy caro que la sociedad paga y escasamente disfruta.*

*Con independencia de los contenidos, la **instalación** —ya queda insinuado—, es imaginativamente pobre. Es un inmenso edificio donde lo que sobra es espacio no debería faltar talento para saber aprovecharlo. Las formidables exposiciones de Valladolid, Toledo, Granada, Burgos y León, Santiago y Sevilla, nos han acostumbrado, no solamente a «mirar», sino a «contemplar». Y la contemplación tiene sus exigencias y su adecuado marco. Hay que ser muy artista para presentar el arte.*

Quisiéramos suponer que el apremio de las fechas ha jugado una mala pasada a María Corral y a sus colaboradores. Pues que lo enmienden. Aunque el Prado y Villahermosa se lo van a poner difícil.